





**Rojo aceituna**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

Ronaldo Menéndez, *Rojo aceituna. Un viaje a la sombra del comunismo*  
Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-8393-156-1

Depósito legal: M-2320-2014

IBIC: WTL

© Ronaldo Menéndez, 2014

© De las ilustraciones: Alejandro Armas Vidal, 2014

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2014

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

**Ronaldo Menéndez**

**Rojo aceituna**  
**Un viaje a la sombra del comunismo**

*Ilustraciones de*  
*Alejandro Armas Vidal*





## ÍNDICE

El previaje: China, hormigas y cigarras .....	13
1. Cuba y Venezuela .....	31
2. Bolivia .....	85
3. Chile .....	119
4. Una escala en Río .....	143
5. Vietnam .....	155
6. Laos .....	201
7. Camboya .....	237
Una escala (final) en Tailandia .....	267
Epílogo .....	281
Agradecimientos .....	291





*A Julio Villanueva Chang,  
anfitrión infinito de mi primer viaje,  
maestro de una escritura que me era ajena.  
Toda mi gratitud.*



*Me gustaría levantarme y marchar  
hasta donde crecen las manzanas de oro.*

Robert Louis STEVENSON



## EL PREVIAJE: CHINA, HORMIGAS Y CIGARRAS

Cuando supe que no íbamos a dormir juntos me acordé de aquella leyenda budista: Una pareja de dioses llora en la rivera de un río. Un peregrino se les acerca y pregunta qué ha pasado. Ella (mujer y diosa al mismo tiempo) explica que él (aunque dios, hombre a fin de cuentas) tuvo el impulso de cruzar al otro lado saltando sobre las piedras. La mala fortuna quiso que de pronto el caudal se desbocara y tuvieron que pasar toda la noche separados, uno en cada margen. «Desde entonces venimos al río y lloramos a causa de aquella noche». El peregrino, impresionado por el llanto de los dioses, les pregunta: «¿Y cuándo ocurrió aquello?». «Hace seiscientos años», responden.

Dos horas antes habíamos salido del aeropuerto y abordado un taxi entre un río de chinos que abordan taxis y se abordan entre ellos. Son las tres de la madrugada

y Natalia empuña un diccionario inglés-mandarín, una tarjeta del pequeño hotel de barrio que hemos reservado, y tiene un optimismo recién estrenado de viajera con ganas de comunicarse. No hay lugar a titubeos, el taxista es asertivo y entusiasta, aunque chinamente barroco.

Estamos en ese año 2010 donde la correlación de fuerzas económicas ha girado. Mientras los Estados Unidos y la vieja Europa se debaten en una crisis de salir corriendo, uno acaba de abordar un taxi en el país del futuro, lleno de chinos trabajando hasta altas horas de la noche por conquistar el mundo. Ahora dicen que China, Brasil y Rusia, son los países del futuro.

Menos mal que hemos traído el bendito diccionario lleno de ideogramas y que nuestro taxista es todo un profesional, currante nocturno que enseguida comprende la dirección del hotel porque la ciudad es como la palma de su mano.

Hora y media después seguimos dando vueltas por Beijing porque nuestro taxista al parecer no comprende la palma de su mano. La primera parada la hizo en una esquina llena de chinos descamisados que bebían cerveza y jugaban a las cartas (gritando, por supuesto). Nos invitó a bajarnos con nuestras mochilas y nosotros nos negamos como europeos en crisis. Aquí no hay nada que se parezca a un hotel. Aceptó nuestra negativa, habló con los descamisados (gritando), escuchó indicaciones y regresó al taxi con una sonrisa taoísta dibujada en el rostro. Al cabo de tres paradas en que se repite la misma operación y su sonrisa se ha transformado en una mueca de artes marciales, he comprendido que Beijing es un laberinto.

Y el taxista ha comprendido que dormiremos en el taxi como no consiga llevarnos al hotel.

Nuestro hotel está enclavado en un barrio donde se alternan altos edificios de cristal polarizado, tugurios, tenderetes insomnes, charcos pestilentes y muchas mesas rústicas con gente comiendo y bebiendo cerveza y gritando. Empiezo a intuir algo: los chinos comen todo el tiempo. No sé cómo hemos llegado al hotel, pero aquí estamos. El recepcionista –por fin alguien que habla inglés– verifica profesionalmente nuestra reserva y comienza a hablar en chino muy bajito con su asistente.

Cuando en China alguien se pone a tramitar profesionalmente algo, y acto seguido habla sin gritar con un compañero de trabajo, hay que preocuparse. El recepcionista enseguida nos explica con auténtica severidad confuciana que ha habido una confusión. Nos esperaban ayer y ya son las cinco de la madrugada del día siguiente: nuestra habitación está ocupada. Pero un chino, *homo sapiens magister* de la oferta y la demanda, cuando se trata de vender algo siempre tiene una solución bajo la manga. No es necesario negociar: por un módico precio nos invita a dormir en habitaciones colectivas para mochileros. Natalia en una y yo en otra. Y la promesa de que al día siguiente recuperaremos nuestra habitación doble con baño dentro.

Pero Natalia y yo no sentimos que hemos llegado a un país hasta que no probamos su cerveza, es algo inevitable, una especie de *Leaving Las Vegas* en versión más o menos responsable. De modo que pedimos un par de Tsingtao muy frescas para celebrar nuestra primera noche de vacaciones en camas separadas, pero unidos por ese optimis-

mo a prueba de tsunamis que ostentan ciertas personas cuando están a punto de emprender un crucero.

Cuando terminamos nuestras cervezas, el patio y los pasillos del hostel están completamente a oscuras. Acompaño a Natalia a la puerta de su cuarto compartido. Le habían asegurado que en algún sector de aquel túnel ciego lleno de literas quedaba un hueco para sus maltratados huesos después de un vuelo con escala de cinco horas en Moscú. Nos damos el beso de buenas noches, y recuerdo la leyenda budista de los dioses amantes que lloraban durante siglos a causa de una noche separados.

Llego a mi habitación donde hay cinco literas, un ronquido largo e intermitente y un ventilador de techo al estilo *Apocalypse now*. Tengo que usar el mechero para orientarme hasta mi cama. Nunca se me ha dado bien dormir. Soy una de esas personas estreñidas de sueño que al menor contratiempo pasan la noche hundidos en un insomnio al que me gustaría llamar «filosófico», o «reflexivo», pero que termina siendo de lo más estúpido, con una o dos ideas obsesivas dando vueltas.

La habitación extraña donde se adivinaban cuerpos masculinos y oscilantes en la penumbra de las sábanas, el estrés del viaje –taxista incluido–, y sobre todo el río imprevisible que llevó a Natalia a la otra orilla de la noche, son más que suficientes para convertirme en un lémur ojiatento sobre la cama. Me acuesto muy derecho, intentando respirar taoístamente y aceptando resignado que aquello sería, como suele decirse, una larga noche.

Me dormí al instante..., pero por muy poco tiempo. Ya conocía aquella traición del subconsciente: mi insomnio



suele ser alevoso, comienza con un sueño profundo que no dura más de media hora, y luego me sorprende contando las horas. Y en este caso, rumiando la leyenda budista de los dioses amantes separados por el río.

La mañana llega como suelen llegar las buenas noticias cuando son inesperadas: no te lo puedes creer. Mis compañeros de cuarto —a los que espero no volver a ver durmiendo en mi vida— todavía roncan plácidamente, vamos, como mochileros. Los envidia y los odio, por supuesto: yo he contado las horas y he agotado todas las interpretaciones de la leyenda budista sin llegar a ninguna conclusión. Salgo, me aseo en el baño colectivo donde otro par de mochileros se duchan —sin mochilas, claro— uno a continuación del otro conversando en un inglés que ahora no me interesa entender lo más mínimo. Lo único que quiero es esperar a Natalia sentado en un banco del patio interior con una sonrisa *Let the sun shine*, e irnos a catar Beijing. Son las siete y media. No quito ojo de la puerta de su cuarto. ¿Habrás dormido bien? Ella, que también es de sueño ligero. Y poco a poco voy llegando a la conclusión de que no ha conseguido quedarse dormida hasta muy entrada la madrugada. Sin lugar a dudas. ¿Por qué? Ya son las nueve, han salido siete chicas de su cuarto y ella sigue sin dar señales de vida.

Nunca me ha gustado esa frase: *señales de vida*. Esconde la latencia de un mal presagio. ¡Hay que catar Beijing! ¿Qué es eso de dormir como si tuviéramos toda la vida por delante? Cuando entro en la habitación donde dejé anoche a Natalia se me corta la respiración. Una señora china gorda arregla sábanas y recoge cajetillas de tabaco

arrugadas. Natalia *no da señales de vida*, ni siquiera está su mochila. Le pregunto en inglés a la empleada, me responde en mandarín o cantonés o conchinchino, y por mi cabeza cruza la única idea que en ese momento me parece lógica, aunque no lo es. Natalia se ha levantado muy, pero que muy pronto, y ha salido. Camino apurado –para no correr– a la recepción del hotel y no hay ni rastro del chinito que la noche antes nos dio nuestras habitaciones colectivas provisionales. En su lugar hay una chica, le pregunto, y no sabe nada. ¿Estamos registrados? No, me muestra el libro, la verdad no tiene aristas, y a veces se hace de papel y tinta. Natalia ha desaparecido. Y lo peor: nunca ha existido a efectos «oficiales».

Y yo que creía que a pesar del llanto de los dioses amantes la leyenda budista tenía un final feliz. Vamos, dioses, que solo ha sido una noche..., aunque vaya usted a saber cuánto tiempo emocional transcurre en la noche forzosamente separada de dos amantes, sobre todo si son dioses. Pero al menos ellos se reencontraron a la mañana siguiente. En un instante se proyecta en mi cabeza una película de mafia china, de un falso recepcionista, de secuestro a turistas occidentales, trata de blancas o peor aún, tráfico de órganos. Ay, los hermosos riñones de Natalia.

Media hora después estoy más desesperado que un chino en quiebra, he subido y bajado escaleras, hablado con todos los asiáticos y los occidentales disponibles y nadie ha visto nada. Hasta me parece que comienza a circular cierto murmullo psiquiátrico en torno a mis tribulaciones. Entonces la señora gorda que limpia las habitaciones me hace una señal apremiante. La sigo hasta el

fondo de un pasillo inexplorado, me muestra una puerta y entro.

De perfil está Natalia con cara de sueño y los riñones en su sitio. Coloca el pijama muy dobladito dentro de su mochila. No soy un fulano con la lágrima fácil, pero en ese momento casi me abalanzo llorando sobre ella. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no te quedaste en la primera habitación donde te dejé? Pues porque estaba llena, y tuvo que regresar al siniestro recepcionista de la mafia china que la llevó a este otro cuarto, que estaba casi vacío.

—Me quedé frita enseguida, he dormido como un tronco —me informa lánguidamente.

Por supuesto, la odio.

No hay nada más ilustrativo para un viajero que el primer choque con una ciudad. Podría pensarse, según mi bautismo de fuego, que entré a China con el pie izquierdo y que aquello es una especie de infierno con demonios de ojos rasgados. No exactamente, pero hay que reconocer que China está llena de chinos. Y esto es algo que no puede comprenderse en toda su demográfica inflación si uno no lo vive en términos constantes y sonantes. Y nótese que no digo «contante», porque aquello es incuantificable. Es constante esa masa elástica de chinos que se expande en pueblos y ciudades. Es sonante: se amolda bulliciosa, gesticulante, exaltada como un líquido que bulle pero nunca se evapora. Cada mínimo espacio, en Beijing, tiene metido un chino dentro.

Pero a Beijing, como a una amante altanera y hermética, hay que cortejarla con paciencia y darle cuantas